todo cuanto ha sido dicho, desde el principio del mundo, no puede servir para darnos idea de este ser perfecto, como la mitad de un grano de alpistle no puede darnos idea de este vasto universo." El bienaventurado hermano Gil, compañero de San Francisco, personaje muy avanzado en la contemplación, habiendo en un éxtasis visto á Nuestro Señor, y en él cosas inefables, le parecían después tartamudeces y puerilidades indignas de una tal magestad, todo lo que oía decir de las perfecciones de la divinidad. San Antonino, (1) cuenta que dos religiosos de Santo Domingo, habiendo ido á visitar á ese Santo contemplativo, y conversando con él de las cosas divinas, uno de ellos dijo que San Juan, estallando como un trueno al principio de su evangelio por estas palabras misteriosas: En el principio existía el Verbo, (2) había dicho cosas muy grandes y sublimes de Dios, San Juan nada ha dicho, le respondió el hermano Gil. El religioso, admirado de estas palabras, dijo que San Agustín aseguraba sin embargo que, si San Juan hubiera dicho aunque fuera un poco más, el mundo no hubiera sido capaz de entenderlo. Sin embargo, nada ó casi nada ha dicho, continúa el Santo; y viéndolos á los dos aun más admirados, les explicó su sentir por esta comparación: Vosotros veis, les dijo, esta elevada montaña; si fuera no de tierra, sino de granos de alpistle, y que un gorrión comiera uno cada dia, al cabo de cien años ¿se hubiera disminuido mucho la montaña? Lo que hubiera quitado este pájaro, le res-

1 Surius, 23, Abril.
2 In principio erat Verbum. Joan, I, 1.

pondieron los religiosos, sería casi nada en comparación de lo que quedaba. Y bien! San Juan nos ha dicho tan poquito y aun menos, hablando de Dios en su evangelio, en comparación de lo que falta decir. Detengámonos pór tanto, repentinamente, y, con corazones llenos del respeto más profundo, conozcamos esta majestad soberana é infinita separándola de todas las cosas criadas, alabémosla en un silencio humilde, confesemos la impotencia de nuestro entendimiento y de nuestras palabras, y estemos bien persuadidos que nada podemos concebir que sea digno de ella.

III

Resumen de las verdades contenidas en este capítulo.

Sentimientos que deben producir en nosotros.

I. Manera muy útil de conocer á Dios.—II. Afectos que deben ser su consecuencia.—III. Resoluciones.—IV. Debemos concebir una alta estima de Dios y un gran desprecio de todo lo demás.—V. Todos nuestros deseos se deben dirigir hacia Dios. —VI. Debemos sobre todo amarlo.

I. Para tener una idea justa y un conocimiento sólido de Nuestro Señor, considerado como Dios, no se necesita ir á buscar lejos de nosotros á nuestro Dios, sino retirarnos en nosotros mismos, imponer silencio á nuestros sentidos y á todas nuestras facultades, solamente abrir los ojos del alma

para considerar esta soberana é infinita majestad, que se digna habitar en ella con todas sus perfecciones, contemplarla según la extensión de las luces que recibiremos de la gracia y mirar como cierto.

1º Que Nuestro Señor, siendo Dios, posee todas las perfecciones y todas las excelencias posibles, sin exceptuarse una sóla; que él es bueno y la bondad misma; que él es bello y la belleza misma; que él es sabio, poderoso, rico, dulce y perfecto, puesto que él es la sabiduría, el poder, la riqueza y la perfección esenciales.

2º Que todas las criaturas, por poderosas, nobles, ricas, bellas y acabadas que sean, no son de sí mismas y de su propio fondo, sino nada de todo poder, de toda nobleza, de toda riqueza, de toda belleza, de toda esencia y absolutamente de todo.

3º Que cuanto ellas son y cuanto tienen de poder, de belleza ó de otras perfecciones, lo han recibido de Dios Nuestro Señor, que se los ha dado cuando ha querido y lo tendrán sólo mientras él quiera, y no más.

4º Que Dios Nuestro Señor tiene ciertamente todas las perfecciones que ellas tienen, puesto que él se las ha dado, y que él las tiene de un modo mucho más sublime, mucho más brillante y en un grado infinitamente elevado sobre todas las perfecciones criadas; puesto que estas perfecciones son finitas en las criaturas, y en él son infinitas; y que así, todas las perfecciones de las criaturas son, en comparación de las perfecciones de Dios, como una gota de agua relativamente al mar, y como la luz pálida de una vela en comparación de la luz brillante del sol y de cien millones de soles

más brillantes todavía, ó por decir mejor, son nada. Todavía más, toda belleza criada no es otra cosa que fealdad en comparación de su belleza; todo poder no es sino debilidad ante su poder; toda la sabiduría no es sino ignorancia; todas las riquezas no son sino pobreza, y en general todo cuanto hay y pueda haber, por excelente y perfecto que pueda concebirse, no es sino pura bajeza, comparado á la grandeza de Dios Nuestro Señor y á la majestad de su gloria.

II. Despues de haber considerado y reconocido estas grandes y sublimes verdades, es menester hacer los grandes actos interiores de las virtudes y los afectos heroicos de la voluntad, que deben ser las consecuencias necesarias de estas consideraciones.

1º Es necesario hacer los actos de fe, creyendo vivamente estas verdades importantes y haciendo sus actos frecuentemente con un espíritu y un corazón fuertes y vigorosos, á fin de establecerse firmemente sobre estos grandes principios que, estando bien afirmados en el alma, la llenarán de mil bienes.

2º Es preciso entregarse á sentimientos de admiración, extenderse en adoraciones, alabanzas, bendiciones y glorificaciones, sirviéndose para esto ya del silencio, ya de la palabra: del silencio, como no teniendo términos algunos que puedan alabarlo y bendecirlo convenientemente; imitando á esos pueblos religiosos en su error, que, adorando el sol, lo admiraban, y no hacían otra cosa que extender la mano hacia él, llevarla en seguida á su boca, como para mostrarle que no tenían palabras algunas dignas de él.

Estemos algunas veces del mismo modo en la presencia de esta majestad augusta é infinita, sin decir palabra, con los ojos bajos, con una gran modestia y un respeto profundo. ¡Y ciertamente! los más grandes serafines, como los vió Isaías, (1) cubren sus rostros y sus pies con sus alas en su presencia, á causa del respeto profundo que le tienen, humillándose y anonadándose hasta los abismos. ¿Qué no debemos hacer, nosotros que no somos más que polvo y ceniza?..... Debemos tambien alabarlo con nuestras palabras; porque, como dice San Basilio, (2) "aun cuando no podamos medir el espacio que hay entre el cielo y la tierra, ni ver la grandeza del sol y de las estrellas, no dejamos por eso de verlas como podemos; así aun cuando no podamos hablar de Dios y alabarle según su excelencia, no debemos sin embargo reducirnos al silencio de tal modo, que no empleemos las palabras que tenemos, para hacerlo del mejor modo que nos sea posible, imitando en esto á los santos, que casi no han empleado su lengua sobre la tierra más que para cumplir este sólo deber, y los serafines mismos, que, aun cuando confiesen, ocultándose, su insuficiencia para alabarlo según lo merece, lo hacen sin embargo lo mejor que pueden y con todas sus fuerzas, exclamando sin cesar: Santo, santo, santo es el Dios de los ejércitos. Debemos del mismo modo alabar y bendecir á Dios cuanto podamos, y con todas nuestras palabras, ofreciéndole, para suplir á la debilidad y á la falta de nuestras alabanzas, las que los bienaventu-

1 Isaias VI, 2.
2 Basil. homil. XV de fide.

rados le rinden con mucha mayor perfección en el cielo, y sobre todo las que se rinde á sí mismo, como las únicas que sean justas, iguales y proporcionadas á su gloria."

III. Es necesario tomar una resolución inviolable de servir á Dios, teniéndose por dichoso en servir á un tan gran príncipe, y prefiriendo este honor á todos los honores, y aun á todos los cetros y á todos los imperios de la tierra; porque, puesto que estamos persuadidos que es mucho más noble y más honroso el servir á un rey que servir á un aldeano, aumentando la dignidad del servidor á proporcion de la del amo, y que, por otra parte, sabemos que todos los reyes no son ante Dios sino un grano de polvo, es claro que es una cosa incomparablemente más excelente y más gloriosa el servir á Dios, que servir á un rey ó á cualquier monarca de la tierra. Por esto, penetrados de estos sentimientos, y saboreando la sublimidad y la dulzura de este honor, digámosle frecuentemente y de todo corazón, con el profeta real: *¡Oh Señor, yo soy vuestro siervo; yo soy vuestro servidor y el hijo de vuestra esclava.* (1)

IV. Concibámos una alta estima de Dios Ntro. Señor y un gran desprecio de todo lo demás; porque puesto que Dios es todo y que todo lo demás es nada, que las criaturas, por grandes, bellas, poderosas y perfectas que sean, y á cualquier grado que puedan llegar, son y serán siempre pequeñas, feas, débiles, imperfectas y pura nada ante esa esencia incomprensible é infinita, el alma tiene una faci-

1 O Domine, ego servus tuus, ego servus tuus et filius ancillæ tua. Ps CXV, v 16.

lidad maravillosa, para fundar en sí misma, sobre esta estrema desigualdad, sobre esta desproporción infinita, una opinión muy grande y sublime de Dios, y al mismo tiempo una estima muy baja de todas las criaturas comparadas á él. Con semejantes sentimientos, es necesario siempre elevar su alma y su espíritu, sobre toda la naturaleza, y decir frecuentemente en sí mismo con David: (1) *Señor Dios de las virtudes! ¿quién hay semejante a vos?* ¿Qué bondad hay que se pueda comparar á la vuestra? ¿qué belleza, qué sabiduría y qué poder se atreverán á parecer ante la vuestra? Y con Barné: (2) *Este Señor, tan perfecto, es verdaderamente nuestro Dios, y se despreciará todo lo demás desde que se habrá conocido.* Así como unas luces pálidas no son de uso alguno, y no merecen atención, en presencia del sol, sino solamente en su ausencia y durante las tinieblas; así también, cuando el conocimiento de Dios, de su belleza y de sus demás perfecciones esclarece á una alma, no hace ella caso alguno de las lucecitas ni de las ligeras perfecciones de las criaturas de la tierra, y no se ocupa de ellas más que cuando no conoce las de Dios, y mientras su espíritu está hundido en las tinieblas.

V. Puesto que toda nuestra estima debe ponerse únicamente en Jesu-Cristo Nuestro Señor, es necesario, en consecuencia fijar y detener en él todos nuestros deseos, y no buscar sino sólo en él nuestra gloria, nuestro contento, nuestro reposo y

1 Domine Deus virtutum! quis similis tibi? Ps. LXXXVIII, 9.

2 Hic est Deus noster, et non æstimabitur alius adversus eum. Baruch. I. 36.

todo nuestro bien, persuadiéndonos muy íntimamente de que no podemos encontrarlos sino en sólo él, y que los encontraremos infaliblemente en él; que todos nuestros deseos, por grandes que sean serán colmados, puesto que en él, como en su verdadero manantial, se vuelve á encontrar toda la naturaleza, toda la gracia y toda la gloria, todos los bienes que dimanan de ahí, en un grado infinitamente superior á cuanto se pueda concebir. Mas supuesto que sólo en él existen perfectamente, ¿á dónde querríamos, pues, irlos á buscar fuera de él? Y ciertamente! sería una gran tontera sacar, con mucho trabajo, dos gotas de agua turbia en un pántano fangoso, cuando tenemos á nuestro alcance una límpida fuente; buscar la luz en la reverberación de una pared, mas bien que tomarla en su verdadero origen; querer mejor la sombra y pintura de un reino que el reino mismo. Pero, ¡qué mayor tontera, qué ceguedad mas deplorable y qué locura más extraña que buscar nuestro reposo y nuestra felicidad en las criaturas, que ni la tienen ni para sí mismas, ni para nosotros, puesto que nada son, y que podemos encontrarlas con tanta abundancia en Jesu-Cristo! "Oh hombre cegado, decía San Anselmo, ¿por qué te pierdes en vanas solicitudes por las criaturas, buscando con tanto afán los bienes de tu alma y de tu cuerpo? Busca el único bien en quien están todos los bienes, y te bastará; desea el bien simple que, en su simplicidad, es todo bien, y él llenará todos tus deseos. (1)

1 Cur ergò per multa vagaris, homuncio! Quærendo bona animæ tuæ, corporis tui, ama unum bonum, in quo sunt omnia bona, et sufficit: desidera simplex bonum, quod est omne bonum et satis est. Sn. Ans. cap. XXV Prosologii.

VI. Pero el sentimiento que conviene aún de una manera más especial á nuestro asunto y el que debemos principalmente excitar en nosotros, es el amor de un objeto tan perfecto; porque Nuestro Señor, como Dios que es, siendo el sér soberano, eterno é infinitamente perfecto en todas las cosas, se sigue necesariamente de esto, que él es infinitamente amable. En efecto, toda perfección es amable en sí; es ella el atractivo particular del amor á proporción de su grandeza, pues que un grado más grande de amor es debido naturalmente á cada grado nuevo de perfección. Debemos, por tanto concluir, que siendo Dios Nuestro Señor la belleza, la sabiduría y la perfección infinita, es necesario concluir de esto, que él es soberana é infinitamente amable, y que estamos obligados á amarle infinitamente; pero ya que no podemos llegar á ese amor infinito, á lo menos estamos obligados á amarle con todo nuestro corazón y con todas nuestras fuerzas, como nos lo manda.

A este ejercicio es al que debemos aplicarnos principalmente, porque es el más noble y el más importante de todos; por esto es preciso ejercitarnos en practicar excelentemente los actos de amor, de complacencia, de benevolencia y los demás de que hablaremos más extensamente en el libro segundo, rindiendo con ardor estos deberes respetuosos á las perfecciones infinitas de Dios Nuestro Señor. Aquí también es donde el alma, considerando y contemplando ya la una, ya otra de estas perfecciones infinitas, toda sorprendida y toda deslumbrada de los rayos de su gloria, debe exclamar con David: *Señor Dios de los ejércitos,*

quién hay semejante á vos en el universo? (1) Y responder con él: *No Señor, nadie puede ser semejante á vos.* (2)

Y puesto que nadie hay que pueda compararse á Dios, y que pueda siquiera aproximarse de cualquiera manera que sea á sus divinas perfecciones, no hay por consiguiente nadie amable como él, y por consiguiente nada que podamos amar tanto como él. Determinémosnos por tanto á amarlo sobre todo, pues que él merece nuestro amor incomparablemente sobre todo. Esta fué la resolución que tomó San Agustín, después de haber contemplado estas perfecciones divinas, y la oración que hace á Dios, al fin del bello discurso que ha hecho sobre las perfecciones divinas, del que hemos referido una parte en el párrafo primero: "Escuchad, escuchad, escuchad me. Dios mio, mi Señor, mi rey, padre mio, mi principio, mi tesoro, mi gloria, mi reposo, patria mia, mi salud, mi luz y mi vida; escuchad, escuchad, escuchadme con aquella dulzura secreta, conocida de tan pocas personas. Sí, yo amo ahora solamente á vos, quiero seguiros y buscaros á vos sólo. Curad y abrid mis ojos, desterrad de mí la locura á fin de que os conozca. Recibid, os lo suplico Señor mio, padre lleno de misericordia y de bondad, recibid á este pródigo que se había alejado de vos; he sido castigado bastante, he servido bastante largo tiempo á los enemigos que pisais, he sido bastante largo tiempo el juguete de las mentiras y embustes del mundo. Recibid á vuestro servidor que

1 Domine Deus, quis similes tibi.
2 Non est similis tuî in diis, Domine, Ps. LXXXV. 8.

huye lejos de él, que recurre á vos, para no servir sino á vos. Solamente suplico á vuestra clemencia infinita el que me convierta enteramente á vos; alejad de mí todo cuanto pudiera impedirme dirigirme hacia vos; haced que yo sea sincero, valeroso, justo, prudente, perfecto, amante y poseedor de vuestra sabiduría." (1)

Tal es el fin del discurso de San Agustín: he aquí como Pico de Mirandola termina las palabras citadas en el párrafo segundo:

"Pero ved qué locura nos ciega; mientras estamos en esta vida, en la oscura prisión de nuestros cuerpos, nos es mucho más fácil amar á Dios que aprender á conocerlo y á hablar dignamente de él; amándolo, somos mucho más dichosos, el trabajo es mucho menos penoso, estamos seguros de serle más agradables. Sin embargo, mejor queremos buscar con mucho trabajo lo que jamás encontraremos aquí en la tierra, que encontrar á El

1 Exaudi, exaudi, exaudi me, Deus meus, Dominus meus, rex meus, pater meus, causa mea, res mea, honor meus, domus mea, patria mea, salus mea, lux mea, vita mea; exaudi, exaudi, exaudi me, more illo tuo paucis notissimo. Ita te solum amo, te solum sequor, te solum quœro. Sana et aperi oculos meos, expelle à me insaniam, ut recognoscam te. Recipe, oro, fugitiorum tuum, Domine, clementísime Pater! Jam satis pœnas dederim, satis inimicis tuis, quos sub pedibus habes, servierim, satis fuerim fallaciarum ludibrium: accipe me ab istis fugientem famulum tuum. Tantùm oro excelentissimam clementiam tuam, ut me penitùs ad te convertas nihilque mihi repugnare facias tendenti ad te, jutveasque me purum, magnanimum, justum, prudentemque esse, perfectumque amatorem, perceptoremque sapientiæ tuæ. Sn. Aug. lib. I. Soliloq. seu de cognitione Dei et animæ. cap. 1.

mismo y poseerlo amándolo." (1) Estas palabras notables deben excitarnos muy vivamente á la práctica del amor de Dios, y nos hacen comprender que debemos dedicarnos mucho mas á amarlo que á conocerlo.

1 Sed vide quæ nos insania teneat: amare Deum, dùm sumus in corpore plûs possumus, quàm eloqui vel cognoscere; amando plus nobis proficimus, minus laboramus, illi magis obséquimur; malumus tamen semper quærendo per cognitionem numquam invenire quod quœrimus, quàm amando possidere. Pic. Mirand lib. de Ente et Uno, cap. V.